



AVISO LEGAL

Artículo: Viejo y nuevo humanismo

Autor: Weinberg, Gregorio

Fue publicado en la revista: Cuadernos Americanos. Nueva época, vol. 2, año VII, núm. 38 (marzo-abril de 1993), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Weinberg, G. (1993). Viejo y nuevo humanismo. *Cuadernos Americanos*, 2(38), 11-16. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1993 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México.

<https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

VIEJO Y NUEVO HUMANISMO

Por *Gregorio* WEINBERG
ENSAYISTA ARGENTINO

COMO CUALQUIER OTRO CONCEPTO, el de humanismo sólo adquiere todo su sentido inmerso en un determinado contexto histórico; fuera del mismo tórnase peligrosamente ambiguo o equívoco, y por momentos hasta puede llegar a mostrarse anacrónico. De gran parte de los debates contemporáneos sobre el tema brotan extrapolaciones y generalizaciones que suscitan controversias que, de ordinario, poco contribuyen a precisar su genuino significado y trascendencia. Muchas veces, en ciertas exposiciones, el rigor aparente no es otra cosa que una infecunda idealización del pasado, concebido éste como un tiempo sin conflictos ni contradicciones.

En 1937, el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, organismo especializado de la Sociedad de las Naciones y precursor de la actual UNESCO, publicó un libro titulado *Hacia un nuevo humanismo*, donde se recogen trabajos y debates de un grupo muy representativo de los intelectuales de la época, expuestos durante un coloquio celebrado un año antes. Entre los asistentes mencionaremos los nombres ilustres de Georges Duhamel, Joseph Huizinga, Salvador de Madariaga, Thomas Mann, Jean Piaget, Paul Valéry y algunos otros, entre ellos un solo norteamericano. Un simple análisis de la nacionalidad de los participantes nos advierte la total ausencia de latinoamericanos, africanos y asiáticos. Vale decir, se observa la comparecencia casi excluyente de europeos, quienes, como de su lectura se infiere, pretendían ser representativos de los intereses y aspiraciones de *todo* el mundo y trataban de legitimar tal posición de privilegio. Alguno llegó a hablar, cierto es, de “pueblos exóticos” al referirse a los extraeuropeos y, por su lado, Salvador de Madariaga intentó introducir, tímidamente aunque sin éxito, referencias a la cultura asiática. En suma, del volumen se desprende un espíritu etnocéntrico, provinciano en el fondo, indiferente a aquella sagaz recomendación de un pensador francés del siglo XVIII, el

fisiócrata P. S. Dupont de Nemours, cuando alertaba sobre los riesgos implícitos en la actitud de confundir nuestro horizonte mental con los límites del mundo.

Y, con referencia a las inquietudes acerca de las repercusiones de la ciencia y de la técnica sobre la sociedad y las ideas —asunto expresamente enunciado en el temario—, aceptaban darse por satisfechos con las recomendaciones de uno de ellos, quien insistió sobre el mejor conocimiento de Euclides y, sobre todo, de la geografía “que conduce al estudio de la vida social”, como si esto último pudiese compensar la estrechez de su *Weltanschauung*. Esto, insistimos, hace apenas un poco más de medio siglo. A primera vista, las sensacionales contribuciones de Einstein y M. Planck, para citar apenas a dos gigantes, podían ignorarse, pues poco y nada parecían tener que ver con la concepción del mundo y del humanismo. En el libro registramos una incierta mención ocasional “a las nuevas teorías físicas”, y una excepción que sólo confirma la regla: A. Rohan, de la Escuela Politécnica de Zurich, sí señaló la influencia de la ciencia, del método científico y de la civilización industrial para reclamar que al Comité de Letras y Artes se le sumase la ciencia, para dar al humanismo, son sus palabras, “el sentido más amplio del vocablo que le hemos encontrado”.

En la mayoría de los trabajos, como cabía conjeturar, se recomendaba intensificar la enseñanza y profundizar el conocimiento de las lenguas clásicas, griego y latín, en especial la segunda, como instrumento idóneo, además, para superar dificultades e incomprendimientos, convirtiéndola en “lengua franca” de una Europa lingüísticamente fragmentada. Del sánscrito, por supuesto, ni noticias; no se recuerda su existencia y por tanto tampoco su innegable carácter formativo y que su área de influencia abarca cientos de millones de seres humanos.

Desde otro ángulo, no menos llamativa juzgamos la ausencia de la palabra *crisis* (hoy convertida casi en un lugar común) y que según nuestro escrutinio sólo se menciona en uno de los trabajos presentados.

Antes de proseguir, entresaquemos del aludido libro algunas definiciones. Así, la de G. Duhamel: “El humanismo contemporáneo es el conjunto de nociones que no parecen susceptibles de aplicación inmediata”, fórmula mediante la cual intentó zafarse de otra menos afortunada todavía: constituyen el humanismo “los conocimientos llamados inútiles”, puesto que, siempre a su juicio, todos los conocimientos útiles son perecederos y el humanismo

busca lo impercedero. La de Thomas Mann: "El humanismo no es sólo filología. Y precisamente en la hora actual sería sabio, quizá necesario, definirlo de otra manera. Lo mejor y más simple sería considerarlo como lo *contrario del fanatismo*",¹ y postula, además, un "humanismo militante", es decir está reflejando su reacción, por pocos compartida, frente a los nubarrones que presagiaban ya la Segunda Guerra Mundial y sus amenazas a la cultura. Por su lado, Jean Piaget recordó también las raíces científicas del humanismo grecolatino y sostuvo que "la cultura general debía prevalecer sobre la gramática y la historia de la civilización sobre la de los verbos irregulares".

Es propósito nuestro, más que rescatar consideraciones y opiniones sagaces, que allí las hubo por cierto y abundantes, indicar las limitaciones más generales advertidas; aludimos a sus dificultades conceptuales para concebir una *efectiva universalidad e integrar el conocimiento científico al humanismo*. Por consiguiente, antes de encomiar aquellos aspectos del humanismo sobre los cuales sí estamos de acuerdo y compartimos, nos parece conveniente puntualizar algunas de su facetas críticas que requieren ser superadas, asumiendo de todos modos sus dimensiones pretéritas, desde luego, pero jamás en detrimento de las contemporáneas, y esto demanda no tanto volver la mirada hacia atrás como otear horizontes futuros. De otro modo, al humanismo lo amenazarían serios riesgos de debilitamiento, cuando no de desnaturalización.

Seguimos enredados en una "sublimación" del humanismo limitadamente libresco, pero sobre todo europocéntrico, europeo-centrismo que, convengamos, constituye una prematura e ilegítima universalización, que es algo distinto de una auténtica universalidad, hoy cada vez más posible si tenemos el coraje intelectual de desembarazarnos de prejuicios arcaicos y sofocantes lugares comunes, y nos asomamos al vértigo de nuestro mundo actual. Además, advertimos en aquel humanismo caracteres por momentos demasiado apolíncos e incapaces de asimilar los dionisiacos que caracterizan nuestro tiempo.

Entendámonos. En modo alguno se pretende negar los formidables aportes de las raíces de nuestra cultura, sino enriquecerlas, ampliarlas, fecundarlas, abonarlas; pero también repensar críticamente sus basamentos. Desacierto aventurado sería desconocer la significación de la filosofía platónica o aristotélica o, si se prefiere

¹ Bastardilla en el original.

retroceder en el tiempo, riesgoso sería subestimar el valor de los poemas homéricos, pero convengamos que también importa integrar a nuestro conocimiento y sensibilidad actuales el *Ramayana*, gesta que permanece viva entre cientos de millones de hombres que la danzan, la cantan y la representan en nuestros días. Admitamos entonces que si los poemas homéricos están cerca de nosotros en el espacio, no lo están ya en el tiempo, contrariamente a lo que ocurre con el *Ramayana*. Y muchas otras reflexiones similares podríamos aducir en idéntico sentido: ¿por qué mentar tanto las mitologías y cosmovisiones de celtas y protogermanos —ahora tan de moda gracias a la influencia de algún pensador notable— y omitir, por ejemplo, el *Popol Vuh*?

No postulamos, insistimos, relegar a Leon Battista Alberti, Lorenzo Valla o Marsilio Ficino ni, por supuesto, a los posteriores Montaigne² o Spinoza —dos de nuestras mayores devociones intelectuales, confesémoslo—, edificadores todos ellos de algún modo de lo que podríamos denominar el mejor espíritu europeo; mas tampoco debemos ceñirnos estrechamente a ellos, a sólo las cuestiones que entonces planteaban o las respuestas que intuían. Pues, como decía nuestro Alejandro Korn, “ningún problema humano puede sernos indiferente. Que no sea, sin embargo, con abstracción de los nuestros”. Y los nuestros tienen orígenes complejos y cielos distintos, que mal pueden ser simplificados sin riesgo de desnaturalizarlos o explicarlos por sólo aquellos antecedentes, por valiosos y nobles que sean.

Mas nuestra propia tradición humanista jamás deberá desentenderse ni ignorar la que deriva de la entraña misma de las varias veces secular historia latinoamericana; nos referimos a aquella que el Nuevo Mundo genera y podemos recomponer con elementos que aparecen ya mucho antes del magisterio sobresaliente de un Andrés Bello o un Pedro Henríquez Ureña, pues la integran también protagonistas como Bartolomé de Las Casas, precursor, entre nosotros, de los derechos humanos; Juan de Zumárraga, abierto a los vientos renacentistas y erasmistas; Vasco de Quiroga, labrador de su dimensión utópica; Bernardino de Sahagún, padre de las ciencias del hombre y adelantado de la idea de pluralismo cultural, o el jesuita “ilustrado” Francisco Xavier Clavijero. Son todas figuras que reivindicamos como lejanos pero vivos antecedentes de la sociedad

² Autor, recordemos, de admirables páginas dedicadas a América; es decir, el Nuevo Mundo no era ajeno a su sensibilidad ni a sus preocupaciones.

democrática y de la tolerancia, convencidos de que somos capaces de gestar ideas y faenas originales. Y mal pueden reivindicar esta tradición quienes razonan como aquel singular alumno de retórica mentado por Juan de Mairena, que hablaba de construir jaulas con el propósito de proteger, de este curioso modo, la libertad de los pájaros, y preguntaba, no sin malicia, "... ¿cómo volará un pájaro fuera de su jaula, si esta jaula no existe?", interrogante que subraya: "... los amigos de las jaulas no somos, ni mucho menos, enemigos de la libertad de los pájaros". Antes que los ingeniosos inventores de jaulas confortables, preferimos siempre los enemigos de las jaulas, alegóricas o reales, y por tanto a los exaltadores del vuelo, de la imaginación, de las experiencias constructivas y las libertades creadoras.

En un ensayo por nosotros publicado hace algunos años, observábamos que el mundo contemporáneo ha sido cambiado y se está modificando, sustancialmente, por el "impacto" de la ciencia y de las técnicas sobre la estructura social, económica, política, demográfica, cultural, educativa, ocupacional, ecológica, etcétera, y ha desencadenado la revolución más amplia y profunda de la historia de la humanidad, pues abarca a nuestras sociedades (rural y urbana, del Norte y del Sur) en todo su espesor, como diría F. Braudel. Esta crisis, esta dramática crisis, ha trastornado no sólo nuestra constelación de valores, explícita o implícitamente admitidos, sino que va mucho más allá todavía: afecta nuestras categorías de tiempo, de espacio, de causalidad, de razón, etcétera, y nos compele a repensar a fondo el nuevo "puesto del hombre en el cosmos". No han pasado en balde la relatividad, la teoría atómica, los viajes espaciales, la ingeniería genética, los llamados "nuevos materiales", las osadas cosmologías, las grandes revoluciones artísticas, la emergencia a la sociedad moderna de miles de millones de hombres con aspiraciones democratizadoras y para quienes apetencias como "trabajo" o "libertad" no siempre tienen respuestas apropiadas.

Pues bien, lo que llevamos dicho requiere, para su comprensión cabal, un renovado humanismo, donde la ciencia y la técnica, así como sus dimensiones sociales y éticas, ocupen aquel lugar privilegiado que otrora solía adjudicarse a diversas disciplinas que ya no revisten la fecundidad y el interés que entonces sí poseían, y esto en modo alguno implica recaer en ingenuas tecnolatrías de signo positivista. De donde concluimos que el viejo humanismo —una de cuyas manifestaciones hemos señalado y no es por cierto la más

rancia— empobrecido y debilitado, muéstrase ya harto insatisfactorio para comprender y/o explicar este “nuevo mundo” conmovido, de donde su incapacidad para ofrecer respuestas a los graves interrogantes que preocupan, cuando no angustian, al desgarrado hombre de nuestro días. Peor aún, hay una vertiente de ese humanismo contra la cual debemos reaccionar: nos referimos a aquella que se solaza en destacar los aspectos negativos, ya que suele insistir en ciertas características malsanas o peligrosas de la ciencia y sus aplicaciones; esto es, porfía, en algunos casos, sobre los riesgos que traen aparejados sus aspectos alienantes y, en otros, sobre sus rasgos desestructuradores de la sociedad tradicional; apreciaciones innegables muchas veces, pero otras vinculadas a malogrados esfuerzos por aprehender, con instrumentos conceptuales inmodificados desde hace siglos, una realidad en enérgica transformación.

Por consiguiente, nuestros actuales requerimientos exigen, cuanto antes, sentar las bases de un nuevo humanismo, verdaderamente universal, con intenso espíritu crítico, pero a su vez integrador, que insista sobre los aspectos reestructuradores que pueden y deben desempeñar la ciencia y la técnica en la presente sociedad y en la que nos prometen los años venideros. Deberá afianzarse sobre una tradición cultural fecunda, más rica que la considerada clásica, restringida ésta a una angosta concepción de las letras y de las artes que ni siquiera siempre está en condiciones de acoger en su seno a F. Dostoievski, F. Kafka, P. Neruda, J. L. Borges, A. Schönberg, P. Picasso, J. Torres García o W. Lam.

En síntesis, nuestro nuevo humanismo, para serlo efectivamente, debe superar todos los provincianismos (propios y ajenos) y los reduccionismos que nos acechan, y, sin preterir sus peculiaridades latinoamericanas, incorporar a las vertientes tradicionales las contemporáneas, para conformar una cosmovisión más orgánica, articulada sobre una fuerte preocupación social y ética.